

# La enajenación razonable

**T**odo parece indicar que el siglo y el milenio se acaban, que comienzan otro siglo y otro milenio. En realidad podríamos asegurarlo desde un punto de vista meramente numérico, pero distinto sería si tuviéramos que ver este fin y comienzo desde una orientación cultural amplia que incluyera el estado de nuestras creencias e ideas, de lo que hacemos y nos hace. En definitiva, si el siglo XX tiene una especial significación que lo distingue realmente de los otros, ¿cuál es, dónde comienza y dónde acaba? Algunos escritores, en nuestra lengua y en otras, han observado recientemente, y creo que con razón, que este ha sido un siglo corto: comenzó en 1914, con la primera guerra mundial, y ha terminado en 1989, con la caída del muro de Berlín como símbolo del derrumbamiento de la política y de la ideología ciclópea que ha otorgado a este siglo un aspecto extraño. Ahora los fragmentos del muro, a modo de escarmiento, se exhiben en diversas plazas o parques de varias ciudades del mundo. ¿Quiere decir esto que ya ha comenzado el nuevo siglo? ¿Que estamos en el tercer milenio de nuestra era? Sin embargo, no siempre que termina un siglo comienza otro, a veces hay años que operan como vacíos para hacer posible ciertas presencias.

Vivimos tiempos significativos, nominales, marcados por los acontecimientos; éstos son, precisamente, los que señalan la aparición y desaparición de las distintas épocas. Por cierto, si nuestro siglo, entendido como espacio político-científico-cultural terminó en 1989, tiene analogías con el XVIII, un siglo que concluyó con el inicio de la revolución francesa, en 1789, derrocando al absolutismo monárquico. El nuestro, que tanto debe a los arrebatos de la razón y a sus entronizaciones (también, y, sobre todo, a la parte positiva: sus proclamas de igualdad, libertad y fraternidad que dan sentido a los derechos del hombre) parece una rectificación, en sus acontecimientos últimos, de la fiebre que encendió a muchos intelectuales y políticos desde entonces. El nuestro es un siglo que se cierra con no poco escepticismo y pesimismo respecto a las revoluciones y a las ideas de progreso que el positivismo alentó en el siglo pasado. Para ser una propuesta terrena, la revolución política ha resultado demasiado lunática para los frágiles mortales. En su nombre, en el nombre de ese supuesto cambio radical de la sociedad y de lo humano, se han cometido tropelías incalculables. Asistimos ahora a la detención del carrusel, tal vez por falta de energía, por el desgaste

teológico de sus teóricos y, quizá de manera más clara, por el desaliento ante tanto llegar a ninguna parte. El *tiovivo* se detiene y las figuras, paralizadas y mareadas, repiten una sola palabra que comenzaron a pronunciar antes de que la máquina infernal se pusiera en movimiento a la búsqueda de nuestra redención. Iban hacia otro tiempo y, penosamente, lo consiguieron: la medicina, salud pública, técnica, organización social, derechos de los trabajadores, ociosos y menesterosos son, como ya se ha hecho evidente para todos, los del pasado del que trataron, comprensiblemente, de escapar. De los países socialistas sólo en el caso de la Unión Soviética hubo desarrollo técnico, puesto al servicio de los armamentos y de la investigación espacial. Pero la dictadura del proletariado, que prometía el fin de la historia como momento en el que las contradicciones habrían sido resueltas (como en las curiosas utopías de Moro, Campanella y otros), todo ello, en fin, estaba constituido sobre la misma creencia de Luis XIV, «El Estado soy yo». Cambiaron los nombres, las formas, pero el aliento seguía siendo igual de absoluto. La tecnología que aplicaron para investigar los cuerpos celestes no descendió a la tierra.

En 1989 comenzó a evidenciarse para todos (aunque decir *para todos* es, tal vez, demasiado optimista) el inicio imparable de la caída de una estructura política, moral y militar que ha sido sostenida con un empeño realmente irracional, con argumentos, digamos la palabra para así devolvérsela, antimarxista, ajenos al materialismo histórico con el que sus líderes y cientos de intelectuales europeos y americanos (de las dos Américas) se han llenado la boca con una arrogancia y seguridad bíblica. Por otro lado, es difícil dudar de que muchos de ellos quisieran el bien, pero creo que quisieron demasiado tiempo el mismo bien para que pudiera ser bueno. Lo que los gobiernos comunistas han hecho es aplicar la misma receta durante años sin ver la cara del enfermo, han creído más en el diagnóstico que en el paciente, lo que equivale a depositar la fe en la fuerza hechizante de la revolución y no en los hombres y mujeres que dan la vuelta a la noria. Nunca estaremos a salvo de las pasiones ideológicas.

Se ha dicho que no se puede definir el tiempo en que se vive, que ignoramos, por excesiva cercanía, el significado global del movimiento de la historia contemporánea. Creo que es una gran verdad, y tal vez no sea erróneo decir que esta búsqueda, tan agudizada en los últimos decenios, por saber cuál es el nombre o los nombres de nuestro tiempo, cuál el sentido, sus direcciones, es, también, una de las características de este tiempo. Cuando se escriba la historia de la mentalidad (de la intrahistoria) de la segunda mitad del siglo XX, creo que se señalará que los occidentales estaban hondamente preocupados por su destino, por saber si eran modernos, posmodernos o, quizá, retromodernos; hombres y mujeres, además, desconcertados entre las promesas de la ciencia y la técnica que comenzó a transformar la sociedad en el siglo XIX, y la sospecha de que hay algo que no cambia en medio de tanta agitación: nuestras creencias más remotas, nuestras necesidades y preguntas primeras, las más radicales. Si escarbamos un poco en los microchips y en las magias electrónicas de nuestras sociedades (en algún aspecto sumamente cómodas), levantaremos la piel curtida

de los recolectores de la era paleolítica; levantaremos preguntas que no han dejado de formularse, de manera distinta, los hombres en culturas y en condiciones diversas.

¿Nos definirá el milenio que se acerca? ¿Habrá un cambio de los tiempos? No lo sé y tampoco creo que pueda saberse. Desconocemos el futuro. El futuro no puede ser un conocimiento. Por otro lado, tampoco creo en la pasión milenarista que despierta este fin del segundo milenio. No hay en el *milenio* una ley histórica, es decir, una relación universal de causa a efecto, entre otras razones, aparte de la dudosa existencia de leyes en el movimiento de la historia, porque el final y el comienzo de un milenio no son, en sí, un hecho histórico: es un suceso de ordenación del tiempo que se da en sociedades, pueblos y culturas muy distintos, en situaciones históricas de una gran diversidad que reciben este cambio del calendario de manera distinta. El hecho histórico está en la relación que éste o aquel pueblo, cultura o civilización, mantiene con el cambio numérico. El milenio, en sí, carece de significado. Las características apocalípticas que van unidas a esta noción están relacionadas, sin embargo, con un mundo más oculto, con el subterráneo de las creencias, realidades reprimidas, ideas religiosas, etcétera. Para los antiguos, anteriores al judeocristianismo, los cambios casi siempre eran motivos de terror, de alarma: la introducción de la novedad en la estructura moral, en la visión del mundo, rompía con la imagen mítica del tiempo circular, del tiempo en el que todo hacer era una repetición de un acontecimiento anterior, remitido a un pasado inmemorial y sagrado, no verificable históricamente: lo que ocurrió en el principio de los tiempos. No creían tanto en la perfección de la historia —noción más o menos moderna, por lo menos desde Polibio— sino en la recreación del principio, del tiempo prístino, fundador. Según Mircea Eliade, la ritualidad rechaza la novedad, el cambio, y consagra el tiempo sagrado de los orígenes. Eliade ha explicado esta reacción como «terror a la historia». Un gran ensayista, Norman O. Brown, influido fuertemente por el psicoanálisis, ha pensado que la respuesta de Eliade no es adecuada, que la causa de la búsqueda de la redención y regeneración cíclica está en un sentimiento de culpa de la especie humana. De cualquier manera, en el fondo lo que habría es una «falta», con el dios o con el hombre mismo, con el numen o con el abandono de la corporalidad total que señala Brown. Para los griegos la tensión se daba en la conciencia de los cambios en el terreno humano frente a la permanencia divina y cósmica: lo numérico es inmóvil y lo humano está sometido a mudanza. No vivían —se entiende que generalizo— el tiempo como historia hacia alguna parte sino con una dimensión espacial. En un primer momento esta tensión se vio aliviada por el comercio entre los hombres y los dioses a través de la afinidad en el mito. Esto dio lugar a la incorporación de lo perpetuo en la naturaleza del cambio, lo que más tarde se llamaría el eterno retorno, la eterna recurrencia del acontecer. «El mundo griego —afirma Erich Kahler— descansa en el isomorfismo y contemporaneidad de la permanencia y el cambio circular».

A diferencia de los griegos, los judíos representan la idea de la unidad del destino del hombre. Una búsqueda del destino que se concreta en un final promisorio indefi-

nido. La conciencia histórica —sufrimiento, desarraigo, búsqueda— se resuelve en un impulso de salvación. El Dios judío es más lejano, menos familiar que los dioses eran para los griegos, pero este dios los guía en sus avatares históricos camino de la redención. El cristianismo da un paso más invirtiendo la relación: no es ya el hombre quien sacrifica al Dios, sino éste quien se hace hombre y muere en un acto en el que se anuncia la futura redención del hombre. Cristo se hace historia y el fin de la historia, la respuesta última de la historia. No es una condena total de la historia sino su comprensión como lugar de prueba, el espacio de la contingencia. La gracia y la fe introducen la salvación individual: la salvación del espíritu en el cielo; la condenación de la carne en el mundo. Esto es, a grandes rasgos, el aspecto ortodoxo de estas tradiciones que, sin embargo, está relacionado con formas heterodoxas que les otorgan un sentido distinto. Pero es precisamente la ortodoxia la que ha ejercido una mayor fuerza en la historia, la que se ha constituido en poder; de ahí que tengamos que hablar de ellas y no, en este caso, de las diferencias notables de las disidencias.

Pero volvamos al milenio. Frente a él, que se constituye, para algunos, como una bisagra entre los mundos, se han proyectado, sobre el horizonte del futuro, tribus de fantasmas: profusiones de imágenes, casi siempre terribles, surgidas, en ocasiones, de ese miedo remoto al cambio y, por lo tanto, al alejamiento; en otras, como nostalgia de un deseo no evidente de destrucción, de vuelta a una anterioridad indefinida. Es cierto que desde hace algunos siglos —pero de manera más profunda desde la mitad del siglo XIX— nos hemos acostumbrado a los cambios e incluso hemos edificado nuestra manera de vivir sobre el vértigo de la novedad, de la búsqueda, de la mudanza como valor en sí mismo. Ese amor y delirio por la novedad no carece de angustia y en la mayoría de sus formas parece una huida hacia adelante. Puesto que estamos separados de los dioses, y también de Dios, ese *absoluto uno* que nació para responder a la diversidad, al politeísmo, y como promesa de redención del hombre como ser histórico, y nuestros ritos son simulacros intrascendentes, busquemos en la precipitación de los rostros del tiempo el rostro que no acaba de llegar, el del futuro, el rostro tantálico del futuro, o dicho a la manera kafkiana, de F. Desde el siglo XVIII, la búsqueda de la redención a través de las promesas del Dios judeocristiano se han transformado, debido al ejercicio del pensamiento crítico, gracias a la crítica, en otros mesianismos, pero estructurados con una apariencia secular. Uno de ellos fue el marxismo y su promesa de la redención de la historia a través de una clase definida y una situación social, el socialismo que, como fin de todas las contradicciones, desembocaría en ese terreno utópico de la justicia que Marx denominó comunismo. Hemos dado muchas vueltas desde las críticas al politeísmo, pero finalmente desembocamos en lo mismo: mesianismos, utopías, teleologías, todas estas formas son una búsqueda de la no-historia; la lucha final es una abolición del tiempo histórico. Esto en sí mismo no es condenable, pero es, por decirlo de alguna manera, criticable por las formas espúreas y disfrazadas que adoptan. Las búsquedas de los absolutos no son negativas, pero el absoluto es paralizante. La utopía, por ejemplo,